

La filosofía del Río de la Plata

Mariano Pérez Carrasco
(UBA - Conicet)

En 1914, en España, un joven periodista de 30 años, hombre de letras, aspirante a filósofo, escribió una frase que hoy forma parte del acervo popular: «Yo soy yo y mi circunstancia». Con ella quería significar que aquello que me está alrededor y constituye todo lo que el mundo es para mí y yo soy para el mundo, no me puede ser de ningún modo indiferente; de hecho, esa circunstancia también forma parte de lo que soy. Inmediatamente después agregaba: «Y si no la salvo a ella no me salvo yo». Salvar la propia circunstancia quiere decir, ante todo, encontrarle un sentido a esta desconcertante realidad que nos rodea. Porque la realidad siempre ha sido desconcertante. Sorprendente. Si nos parece que los griegos del siglo IV a.C. o los franceses del XVIII vivían en épocas razonables es porque algunos de esos hombres y de esas mujeres aprendieron a encontrar racionalidad en ese mundo de guerras, pestes, hambre y desolación en el que vivían. Tal vez esos mundos no sean muy distintos del nuestro. Lo que hace la diferencia, en todo caso, no es lo que el mundo es en sí mismo, sino el modo en que lo interpretamos. Por eso aquel párrafo que estoy citando termina diciendo que el fin de esa empresa humana que es la cultura consiste en *«buscar el sentido de lo que nos rodea»*.

Quizás nadie vea hoy a Ortega y Gasset como a un hombre joven, y probablemente pocos, entre nosotros, piensen en él como en un filósofo original, profundo, relevante. Su nombre, en nuestro medio, suele producir esa distancia que la ironía impone a todo lo que toca. «Se trata de un hombre que no puede ser tomado en serio», dicen los filósofos: «escribió demasiado». «Estuvo cerca del franquismo», dicen los políticos. «Tiene un estilo muy poco aséptico, muy poco académico», confirman los académicos. Hace poco, un colega me dijo: «Escribió demasiado bien, no es probable que haya pensado en serio».

Creo que la desconfianza hacia Ortega tiene, por lo menos, dos motivos que van de la mano: por un lado, Ortega pensó en esta lengua que tenemos demasiado

cerca de nosotros, el castellano; por otro lado, intentó encontrarle un sentido a su propia circunstancia, y esa circunstancia es, en buena medida, la nuestra. ¿La desconfianza hacia Ortega será una desconfianza hacia nosotros mismos? ¿Tenemos el prejuicio, tal vez, de que no es posible pensar en castellano? La ausencia casi total de filosofía escrita en nuestra lengua parece confirmar este prejuicio. Pero este no es mi punto. Lo que quiero sugerir es que los hispanos (o, por lo menos, los argentinos) abrigamos un cierto desprecio hacia nosotros mismos y hacia nuestra realidad, y que ese desprecio, a la vez que nos ha permitido hacer excelente literatura, nos ha impedido dedicarnos a la filosofía.

Escribir un cuento o un poema significa transformar esto que soy, este tiempo que utilizo en escribir o en leer, en algo distinto. Al escribir «yo» en un poema, ese yo es, por arte de magia, alguien distinto del que escribe. En una palabra, es ficción, y la ficción me distancia de mi vida, es decir, de mi circunstancia. Esto lo sabe cualquier lector: al leer, toda nuestra vida se transforma en el tiempo y el mundo del cuento, la novela o el poema que estamos leyendo. Despreciar la propia realidad e intentar huir de ella mediante la literatura constituye un mismo gesto. La filosofía, por el contrario, busca acercarse a la propia realidad, a la propia vida, a la propia circunstancia. Busca entender, captar, comprender esa circunstancia histórica que, a la vez por azar y por fatalidad, es la nuestra. Adherir a la filosofía de Aristóteles, a la de Marx o a la de Russell no consiste simplemente en aceptar un conjunto de ideas, sino, sobre todo, en pensar nuestra vida a la luz de esas ideas. Porque pensar es siempre comprometerse con una determinada interpretación de la realidad y de nosotros mismos.

¿Qué sucede, entonces, con aquel que desprecia la propia realidad y que se desprecia a sí mismo? Este hombre está condenado a la burla, a la distancia respecto de su propia realidad, en una palabra: a la ironía. Imaginemos a una mujer que se ha maquillado mal. Le pregunta a una amiga cómo se ve, y esta amiga le responde: «Ah, pero mirate un poco... ¡estás divina!». ¿Le dijo que se ha maquillado bien? ¿Le dijo que está linda? Claro que no. Esta amiga acaba de ser irónica: si leemos sus palabras sin atender a la intención, podemos creer que dijo lo que, en verdad, no dijo. En esto consiste justamente la ironía: en afirmar lo que se niega o en negar lo que se afirma (digo que Fulano es muy inteligente para dar a entender que es un tonto, o

viceversa). Pues bien, creo que los argentinos tenemos un modo de ser fundamentalmente irónico respecto de nosotros mismos, de nuestra propia realidad. En suma, no nos tomamos en serio. Por eso nos fascinan las importaciones. No sólo importamos autos o sillas, también importamos ideas, creencias, filosofías. Pero sucede que adoptar una filosofía ajena es como intentar tener una perspectiva de un paisaje desde un punto de vista que no es el nuestro. No vemos el mundo como lo ven los alemanes; por eso, si adoptamos el punto de vista de las filosofías alemanas, no estamos viendo el paisaje que ellos ven (porque no compartimos su punto de vista: la realidad alemana), y en verdad ni siquiera estamos viendo: no podemos más que tener una perspectiva irreal, imaginaria. Adoptamos un punto de vista que no es el nuestro, y, en consecuencia, nos vemos condenados a hacer un enorme esfuerzo no por ver mejor el paisaje, sino por comprender el punto de vista, la perspectiva desde la que ven el mundo los alemanes.

La tragedia de la filosofía en nuestra lengua no consiste en que falten hombres inteligentes, incluso brillantes; la tragedia es que esos hombres utilizan su inteligencia para reproducir puntos de vista ajenos. Es como si un pintor dedicase toda su vida a copiar cuadros en el museo; al final de sus días, ese pobre hombre ni siquiera sabe lo que es la luz del sol; sólo conoce la luz de Waldmüller, Monet, Watteau; la conoce a la perfección, claro está; es el más grande especialista en el rosa de Fragonard, pero, ¿estaríamos dispuestos a decir que es un pintor? Este hombre, tal vez, tenía mejor mano que El Greco, más fuerza que Giotto, pero ha creído que no tenía ningún paisaje interesante que pintar; su circunstancia le parecía insignificante; su punto de vista sobre la vida, su perspectiva sobre el mundo, le parecían minúsculas, minusválidas, pobres frente a las de sus tan admirados maestros.

Esto es lo que sucede en nuestro pensamiento filosófico. Las únicas actitudes aceptadas son la copia de cuadros ajenos o la ironía. Y en verdad, una y otra son la misma cosa. Ambas surgen de un desprecio hacia la propia circunstancia, es decir, hacia la propia vida. Por eso, creo que el desprecio hacia la filosofía de Ortega, que suele expresarse en forma de burla e indiferencia, toma su origen de ese desprecio hacia nosotros mismos, de esa incapacidad que hemos tenido de encontrar un sentido que no sea ficcional a nuestra realidad, y, en consecuencia, de esa necesidad

que hemos tenido de importar puntos de vista ajenos sobre realidades ajenas. La filosofía de Ortega es, desde sus primeros escritos, un intento de encontrar el sentido de la propia circunstancia, es decir, del punto de vista que se puede tener sobre el mundo desde España o desde Argentina, donde vivió tres años. Y es, además, un pensamiento original, no una mera adaptación, importación o traducción de puntos de vista ajenos.

Si no tomamos conciencia de ese autodesprecio al que me he referido, se vuelve difícil explicar el olvido del único pensador español que ha sido leído filosóficamente por algunos de los más importantes filósofos europeos. Russell lo cita en varias ocasiones; Heidegger ha escrito algunos recuerdos de sus encuentros con Ortega; *La rebelión de las masas* fue best-seller en Alemania; he encontrado que varios artículos académicos italianos sobre Dante hacen referencia a Ortega y a Borges. Pero no me interesa en este ensayo defender a un pensador que no necesita defensa. Sólo me interesa señalar ese conjunto de actitudes y de hábitos que han sido un obstáculo para el desarrollo de la filosofía en español. Y me parece que Ortega es un buen índice para entender esta imposibilidad de quienes vivimos en esta lengua que es el castellano.

Hace muchos años, cuando cursaba la carrera de Filosofía, muchos, muchísimos profesores nos informaban desde sus cátedras que era imposible pensar en castellano. Recuerdo a una elegante dama explicando que si no se conoce el alemán no se entiende la filosofía. Lo curioso es que la filosofía alemana en alemán (antes se escribía en latín) no tiene mucho más de doscientos años. Además, lo cierto es que la enorme mayoría de los argentinos podríamos leer en alemán luego de algún esfuerzo, pero seríamos totalmente incapaces de pensar en alemán (o en inglés, o en francés, o en italiano) a menos que hayamos pasado largas estancias en Alemania. Y es un tanto ridículo creer que para pensar es necesario mudar domicilio. Lo que la filosofía de Ortega nos enseña –estemos o no de acuerdo con ella– es que es perfectamente posible construir, en castellano, sin distancias irónicas, un pensamiento original, capaz de influir sobre las más importantes tendencias mundiales. Quizás podamos aplicar a nosotros mismos lo que Ortega dice de sus ríos españoles: «Conviene que volvamos los ojos al Guadarrama. Tal vez nada profundo encontremos. Pero estemos seguros de que el defecto y la esterilidad

provienen de nuestra mirada». También hay un *lógos* —es decir, un concepto, un sentido, una razón— en el Río de la Plata. Está en nosotros aguzar la vista para encontrarlo.